

## LOS JUEGOS POLITICOS, CLASISTAS Y ETNICOS EN LAS NOVELAS DE MARIANO AZUELA SOBRE LA REVOLUCION MEXICANA

Es curioso observar cómo un suceso trascendente, en este caso la revolución mexicana, refleja en todos los géneros literarios de un pueblo sus distintas facetas. México no es la excepción, y en la narrativa solamente vemos que en una tesis doctoral de la Universidad de Berkeley (1940), Campa llega a estudiar hasta 100 novelas basadas en el tema.

Aunque para algunos, Martín Luis Guzmán es el historiador por excelencia del evento, para mí nadie como Mariano Azuela expone con mayor precisión, en una serie de sus novelas, los juegos políticos, clasistas y étnicos envueltos en el acontecer de las distintas fases de dicha revolución. No son sus novelas una exaltación épica del fenómeno, sino una cala profunda en la vida y carácter de un pueblo. De ahí su mayor autenticidad humana, como ya lo apuntó Zum Felde en 1959.

Los juegos a que nos referimos fueron el producto de una revolución que nació pura; pero quizá con una base ideológica incompleta, entre las manos limpias, pero débiles, de su primer jefe civil. Por eso se primitivizó en turbas encabezadas por caudillos más o menos heroicos, bien intencionados y honestos, que fueron fáciles piezas manejables por su falta de educación cívica, moral y política, a fin de producir un juego social, clasista y político que iba arrimando las brasas a determinadas sardinas. La masa anónima de indios sin tierra y constantemente discriminada, las clases explotadas en general, intuían su razón, mas su incapacidad para definirla, para concretar en ideales su carga de razón, salta a la vista de sus intentos, incluyendo al propio Madero. Ejemplos: PLAN POLITICO SOCIAL, 18 de marzo de 1911; PLAN DE SAN LUIS POTOSI, 5 de octubre de 1910; PLAN DE AYALA; PLAN DE GUADALUPE, etc., así como los muchos discursos y manifiestos. Estaban cargados de razón en resistirse a seguir aceptando un orden gubernamental que consistía en el predominio de los terratenientes blancos, los ricos por herencia y los que por predominar eran los únicos con verdadero acceso a las fuentes de cultura.

Entre la producción novelística de Azuela, quien, según sus propias palabras en sus *Obras completas* (III, 1066), está encadenada al «movimiento revolucionario que inició Francisco I. Madero» por «una determinación libremente tomada»; hay novelas en las que se escucha claramente el palpito cordial no de tal o cual caudillo, sino del pueblo mexicano, víctima de juegos políticos, clasistas y étnicos que de cierta

manera adulteran el proceso revolucionario. Así, fuera de novelaciones, como un producto de su pesimismo crónico, nos dice Azuela en sus *Obras completas* (I, 1070):

«Revolución de mentirijillas la del señor Madero, si la simiente sembrada por él no hubiera sido fecundada en un suelo propicio.»

Y luego (1070), ante el caciquismo recuperando sus fueros: «Esto me dio la medida cabal de la revolución». Después, hablándonos de sus novelas (1070): «Dejé de ser... el observador sereno e imparcial... Tuve que ser, y lo fui de hecho, un narrador parcial y apasionado». Pero lo que deja dicho no le impide crear tipos a tono con lo que debió haber sido. Así, nos afirma (1098):

«Si yo me hubiera encontrado un tipo de la talla de Demetrio Macías, lo habría seguido hasta la muerte.»

No habiéndose rodeado de hombres concordantes con su noción de lo que debía ser, Azuela crea tipos a su antojo para exponer el verdadero juego, y carga la mano, a la vez, en lo malo y en lo bueno. Por eso nos dice (1098) que su encono es «contra los hombres y no contra la idea». No intenta Azuela deformar la verdad de los juegos, tal como él los ve, ya que bien nos aclara (1113) que lo que persigue es «dar un trasunto del medio y del momento» en la mayor parte de sus novelas.

Aunque algunas de ellas, como *Malhora*, *Desquite* y *Luciérnaga*, pese a ser más de propósito estilístico en busca de nuevas técnicas, revelan bien, más o menos, la subversión de los valores morales, aquí sólo nos conciernen las que presentan aquellas facetas de la revolución en que se exponen los juegos que originan nuestro trabajo. Así, por ejemplo, *Mala yerba*, etiológica, diríamos, nos evita el tedioso bucear entre cifras estadísticas, lectura de leyes fracasadas (Desamortización, 1856; Constitución, 1856; Nacionalización, 1859, de Juárez; Colonización, 1875, con la secuela de las compañías deslindadoras; escritos de Madero; diarios de la época, etc.). Esa novela revela, como producto de recuerdos ambientales de la niñez y de la adolescencia del autor, un cuadro que muy bien pinta el historiador Jesús Silva Herzog en su *Breve historia de la revolución mexicana* (I, 7) cuando nos informa de la «existencia de enormes haciendas en poder de unas cuantas personas de mentalidad semejante a la de los señores feudales de la Europa de los siglos XIV y XV».

*Mala yerba* nos sumerge por completo en el campo mexicano de las postrimerías del gobierno de don Porfirio y nos hace comprender muy

bien el juego encerrado en su lema de «poca política y mucha administración», al presentarnos una familia de hacendados de la clase opresora, sin más ley que la satisfacción de sus apetitos. El mensaje es obviamente el de las funestas consecuencias del juego de política agraria. El mestizo y el indio, quienes roían sólo los mendrugos, a resultas de un juego étnico que los discriminaba y explotaba, esperaban en silencio la hora del desquite.

*María Luisa*, 1907, y su primera novela *Los fracasados*, son de menor valor etiológico que *Mala yerba*. Son novelas de ciudad. No pretenden calar en psicologías de personajes; pero presentan hombres sin libertad, sin fines, como animales. El cura sermoneador de *Los fracasados*, por ejemplo, promueve revueltas en un intento de sacudir la indiferencia posterior a la «Reforma», limadas ya las aristas ocasionadas por el juego político de liberales y conservadores. La indiferencia, claro está, era producto de otro juego político, el de don Porfirio, quien en sus últimos años de regencia había tratado de derramar el aceite de la tolerancia, siempre que se guardaran las apariencias, en un intento de calmar un tanto la violencia de las olas.

*María Luisa* presenta la condición mísera de la población urbana, su retraso ideológico, los violentos contrastes económicos, la inmundicia, el vicio, la rapiña, la corrupción de la política, etc. Todo como resultado de juegos político-clasistas y de juegos étnicos, los cuales producían un cuadro sórdido que el propio Azuela describe muy bien, fuera de su ficción novelística, cuando nos dice (I, 418) que en México, a fines del siglo pasado, «un peón ganaba real y medio y ración, es decir, 18 centavos y un poco de maíz». Estas condiciones, impuestas brutal e inexorablemente por el juego «legal» de los «honestos» poderosos no se apartan demasiado, pese a la ficción novelística, de las que describe Jesús Silva Herzog (I, 41):

«En las ciudades... se advertía... la desigualdad social... Arriba de todos estaba la aristocracia... sin pergaminos, sin abolengo, sin historia... La componían los grandes hacendados, algunos de ellos a la vez dueños de casas, de acciones mineras y del banco de la localidad; propietarios de grandes establecimientos comerciales, unos pocos mexicanos y buen número de españoles, franceses o de otras nacionalidades; altos funcionarios extranjeros de compañías mineras, norteamericanas o inglesas; y, por último, médicos y abogados con éxito profesional... de la minoría privilegiada. Todos amigos del régimen político porfirista, satisfechos, orgullosos, mirando de arriba abajo al resto de los habitantes de la ciudad... Muy abajo estaba el medio pelo—la clase media—y los pelados... el indio, al que utilizaban en toda clase de trabajos, explotándolo sin medida y por quien sentían el más hondo desprecio... Una persona bien vestida podía mandar a la cárcel a cualquier individuo mal vestido...